

Fecha 20.02.2009	Sección Primera	Página 4
---------------------	--------------------	-------------



## Stanford y la pérdida de confianza

Fotos tristes aparecen en los periódicos. Gente que perdió los ahorros de su vida. Defraudados que quieren recuperar su dinero. A las afueras de Stanford Fondos México un señor espera, en vano, que abran las puertas para cuestionar qué está pasando. Pensativo, se frota la frente. Otra señora aguarda sentada en las escaleras. Doscientas personas se presentaron a pedir informes. No recibieron respuesta alguna.

Otro fraude más. Otra pirámide más. Como **Ponzi** en el siglo pasado. Como **Madoff** hace unas semanas. Nada más que con **Madoff** perdieron su dinero multimillonarios que seguramente tenían diversificados sus inversiones porque entienden más de asuntos financieros. Han de estar dolidos, pero les queda el consuelo de poseer otros activos. En Stanford, sin embargo, los clientes parecen de otro perfil. Seguramente hay gente muy próspera que había invertido millones de dólares. Pero también hay ahorradores de clase media que tenían depósitos de miles de dólares. El dinerito que dejó la abuela. Los ahorros de diez años de trabajo. El fondo escolar para los nietos.

¿Cómo es posible que gente inteligente, con grados universitarios, creyera que un certificado de depósito en una isla caribeña podría dar un rendimiento 500% mayor que el que daban los bancos estadounidenses? Los anglosajones tienen una expresión para este tipo de negocios: *too good to be true*, "muy bueno para ser verdad". De entrada, cualquiera debe desconfiar de un esquema así. Más la gente que tiene cierta educación. Pero, el sueño de ser rico marea hasta al más inteligente y preparado. De eso viven los defraudadores. De vender un sueño que acaba en pesadilla.

Los de Stanford ofrecían un rendimiento de 12% anual en dólares en un supuesto instrumento sin riesgo: un certificado de depósito en un banco de Antigua. Este mismo instrumento, en EU, sólo daba 2% al año. "No te preocupes —decían— nuestros expertos son especialistas en encontrar inversiones que aseguran estos rendimientos; aparte no se pagan impuestos". Embriagados por la avaricia,



Continúa en siguiente hoja

Fecha <b>20.02.2009</b>	Sección <b>Primera</b>	Página <b>4</b>
----------------------------	---------------------------	--------------------

la gente entregaba sus ahorros. Comenzaba a recibir estados de cuenta donde se veían números fabulosos. El papel lo aguanta todo.

Mientras el mundo entraba a una crisis, Stanford seguía reportando ganancias. Una de dos: o estaban *lavando* dinero del crimen organizado o era una estafa. Es posible una combinación de las dos. Pero llegó el momento en que el gobierno de EU se dio cuenta del fraude. Y ahí llegó la cruda realidad: el banco cerró, los funcionarios desaparecieron y el dinero se esfumó. Simple y sencillamente, se lo robaron.

Cuando hay crisis económica, salen a la luz los criminales de cuello blanco que hipnotizaron a sus clientes prometiéndoles el paraíso en la Tierra. Las consecuencias son terribles porque se pierde la confianza en las instituciones bancarias en general. La duda comienza a asaltar a todos los ahorradores. Un entrevistado por **Excélsior**, víctima de Stanford, lo dijo con elocuencia: “Yo quisiera retirar todo, no quiero saber de ningún banco. Lo más seguro es bajo el colchón de tu casa”.

Alguna vez conocí a un viejo abogado neoyorquino que, en su juventud, le tocó vivir la Gran Depresión de los treinta. Lo había marcado. Tenía manías que nosotros no entendíamos. No tiraba nada a la basura, por ejemplo. Cuando murió, su familia encontró que todo su dinero lo tenía guardado en monedas de oro y dólares en efectivo escondidos en su casa. Nunca había ahorrado en bonos, acciones, fondos o certificados de depósitos. Después de la Depresión, no volvió a confiar en ningún banco. Para él, la única opción era atesorar moneda contante y sonante. Ese es el peligro que se corre cuando se escuchan casos como el de **Madoff** o el de **Stanford**. Que la gente, desilusionada, efectivamente guarde sus ahorros bajo el colchón de su recámara.